

UN salón bastante grande. A mitad de camino, aproximadamente, entre el suelo y el techo, que está muy alto, un balconcillo al que se accede por una escalera de caracol y que anuncia la alcoba y el cuarto de baño, como ella misma se encarga de explicar. Simone de Beauvoir, autora de "El segundo sexo" y "Los mandarines", batalladora de la igualdad de derechos de la mujer, comprometida políticamente, a izquierda, claro, tiene ojos con algo de estatua oriental y mirada ágil y exploradora. Simone de Beauvoir es simpática sin superlativos, viste con buen gusto y moderno, y según todos los indicios odia perder el tiempo, o que se lo hagan perder, y andarse por las ramas.

A. Y.—El interés económico, el deseo de salirse del marco familiar, de iniciar una nueva vida, el prejuicio según el cual una mujer que no se casa es una mujer fracasada, el temor a una vejez solitaria, etcétera, etcétera, son algunos de los principales factores que empujan a la mujer al matrimonio. ¿No le parece monstruoso que el casarse sea el asunto más importante de la vida de una mujer?

S. de B.—La verdadera base del matrimonio debería ser la unión de dos seres que se escogen libremente y que construyen su amor cada día, lo cual implica la posibilidad de una separación cuando se altera esta regla. Ahora bien, para que esto pueda ser real, para que las relaciones humanas dentro del matrimonio dejen de estar falseadas, es preciso que la mujer sea totalmente igual al hombre, tanto en lo económico como en lo social.

A. Y.—¿Considera usted que el único motivo que puede legitimar un divorcio es el de la muerte del matrimonio, y que éste puede considerarse muerto cuando uno de los cónyuges estima que la unión ha perdido su razón de ser?

S. de B.—Entre lo que debería ser y lo que es hay una gran distancia. Hoy por hoy, la realidad es que, cuando un hombre se da cuenta de que se ha equivocado, no le queda en la mayoría de los casos otro remedio que resignarse; por poco consciente u honesto que sea, se dará cuenta de que el divorcio supone dejar a su mujer en una situación desastrosa, ya que, ¿cuántas mujeres casadas podrían sobrevivir sin la ayuda económica de sus maridos? Y esto, por no mencionar más que un aspecto básico de la cuestión. Que en Estados Unidos el hombre que quiere divorciarse esté obligado a pasar una pensión alimenticia a su ex mujer no hace sino

## SIMONE DE BEAUVOIR: UNA FRUSTRACION TOTAL

Por ALBERTO YEBENES

subrayar, pese a las apariencias, el rango inferior de ésta cara a la sociedad.

### El trabajo

A. Y.—Y en el caso de la mujer que quiere romper con su marido, las cosas son todavía más difíciles.

S. de B.—Evidentemente... Otro aspecto a tener en cuenta es que, aunque trabaje, la mujer casada está sometida a un doble desgaste, ya que, además de su actividad laboral, está obligada a ocuparse de la casa, de los hijos, todo lo cual da como resultado su atrofiamiento intelectual; ¿de dónde quiere usted que saque tiempo para leer, para cultivarse?

A. Y.—¿Le parece a usted positivo el hecho de que una mujer casada trabaje?

S. de B.—Sí, en cuanto puede procurar una relativa, muy relativa, independencia económica, pero todo está preparado para dificultar el trabajo de la mujer casada, hasta el punto de que en muchos casos se hace imposible. Además, no perdamos de vista la discriminación contra la mujer en ese terreno.

A. Y.—Cierto, porque la reivindicación "a trabajo igual, salario igual" sigue sin ser satisfecha.

S. de B.—No sólo eso, que ya de por sí me parece una injusticia enorme, sino que la mujer que trabaja lo hace casi siempre a niveles inferiores a los que tendría si fuera hombre. Conozco muchos casos de hombres y mujeres que han empezado juntos una carrera administrativa, pongo por caso, y nos encontramos con

que al cabo de equis años el hombre, por el solo hecho de serlo, ha ido mucho más lejos que la mujer en el escalafón. Hay también otra variante de esta discriminación, los trabajos «típicamente femeninos», que hace que cuando una mujer se sale de ellos, cuando es médico, abogado, ingeniero, etcétera, sea acogida con una especie de recelo o desconfianza.

A. Y.—Sometida a este juego de tensiones, no es extraño que la mujer envejezca, se estropee físicamente a un ritmo superior al del hombre.

S. de B.—¿Ve usted? Este es un tipo de argumento psicológico que tiene su peso en la conciencia de una mujer. Casarse supone poco menos que entregarse atada de pies y manos a un hombre y, ¿qué ocurre?, pues que, al cabo de los años, esta mujer se encuentra gastada por fuera y por dentro, ajada, devaluada, en tanto que su marido, mal que bien, sigue conservando su validez en tanto que sujeto-objeto erótico. Claro está que se trata de generalidades; pero, en fin, creo que es fácil entender lo que quiero decir.

### Víctimas del divorcio

A. Y.—Volvamos al tema del divorcio, si le parece. ¿Qué hace usted con los hijos?

S. de B.—Se habla mucho de que las principales víctimas del divorcio son los hijos y, en cierto modo, es verdad. Pero ello ocurre porque se sienten, se les hace sentir, protagonistas de una situación excepcional. Si las estructu-

ras sociales fuesen menos hipócritas y más eficaces desde el punto de vista asistencial, el problema no digo que quedase resuelto, pero se evitarían muchos traumas. A fin de cuentas, creo que los hijos de una pareja que no se entiende y que no se separa son mucho más desgraciados.

A. Y.—¿No le parece que la educación puede jugar un papel determinante en este como en otros casos?

(Simone de Beauvoir hace un gesto que equivale a un «naturalmente» un poco impaciente.)

A. Y.—Usted conoce la educación de contenido burgués que reciben los hijos en el seno de la familia y que, me parece a mí, no puede ser más negativa. Me refiero a ciertas ideas que los padres inculcan a los hijos desde edad muy temprana: concepción del mundo como una selva donde rige la ley del más fuerte, culto al "tanto tienes, tanto vales", así como los mitos de carácter científico o anticientífico, etcétera, cuyo conjunto tanto contribuye al desarrollo de hábitos asociales, egoístas.

S. de B.—Yo creo que esto es evidente. Sin embargo, no pone en causa la necesidad de que los hijos reciban una cierta forma de educación en el seno de la familia; de lo que se trataría es, en primer lugar, de que dicha educación se haga bajo el signo de la razón, y, por otro lado, de que desde muy corta edad los niños se acostumbren a vivir de manera comunitaria con otros niños; esto puede iniciarse, tal como ocurre en los países socialistas, a través del régimen de semi-internado en la casa-cuna y proseguirse en la escuela primaria, etcétera.

«Este sistema, además de sus ventajas intrínsecas, permite una mayor autonomía a los padres, que saben, además, que sus hijos están convenientemente atendidos desde buena hora de la mañana hasta que los recogen, ya cenados, al anochecer.

A. Y.—¿Considera usted posible en el contexto actual la existencia de un hogar feliz?

S. de B.—En términos generales, no. Yo creo que no puede haber felicidad verdadera ni durable sobre bases de egoísmo mezquino o de posturas de avestruz. ¿Qué felicidad puede existir cuando uno de sus componentes esenciales, la mujer, es un ser de segunda categoría, una especie de criada que sirve para todo: la casa, los hijos, la cama...?

A. Y.—No siempre es así.

S. de B.—Exacto. ¿Y cuál es la diferencia? Sencillamente, que en algunos casos una condición económica más desahogada permite disimular la aspereza de los problemas, pero en el fondo siguen





Simone de Beauvoir.

ahí, intactos. Y lo que me parece importante es subrayar que, dentro del marco actual de nuestra sociedad, es lógico que el marido y la mujer, más que por el amor, estén unidos por la rutina o el interés.

## La familia

A. Y.—O por los hijos, que dicen.

S. de B.—Ya salió el pretexto. Después dirán que son ingratos hacia sus padres, que cuando son viejos los abandonan, más o menos piadosamente, a su suerte... Lo que ocurre es que en la familia actual las relaciones están falseadas y los sentimientos traicionados, por muchos adornos que se le quiera poner a la cosa. El mal no viene de la familia en sí, sino de la idea de familia que nos es impuesta por una sociedad de opresión-represión. Mientras no atacemos la raíz del problema, la existencia de estructuras de explotación y alienación, giraremos en el vacío. Un hogar no puede

de ser impermeable al mundo exterior, al que, quierase o no, está íntimamente ligado.

A. Y.—Y cuyas sacudidas le afectan a pesar de todas las protecciones que se arbitren.

S. de B.—De una u otra forma, sea entre los padres, entre padres e hijos, entre hermanos, las contradicciones de la sociedad terminan por reflejarse en el interior de la familia.

(Simone de Beauvoir sonríe tenuemente, con ironía helada.)

»¿Ha oído hablar usted de padres bienpensantes, «seguros» de sí mismos y de los suyos que, una buena mañana, se enteran de que sus hijos son comunistas?

A. Y.—El hecho es que la familia —y dentro de ella, de manera especial para colmo del sarcasmo, la mujer—, en tanto que institución, juega un papel conservador.

S. de B.—Ese es precisamente el motivo de que paralelamente al proceso de toma de conciencia de la mujer estemos asistiendo a su desintegración progresiva, ya que cada vez se pone de mani-

fiesto con más acuidad su desfase, su inadaptación a las necesidades de la época. El problema consiste en encontrar un sustitutivo, una variante. ¿Cómo? Yo no soy capaz de decirlo, no se puede rehacer la sociedad a golpe de frase, eso sería utópico. Simplemente, me limito a constatar los fallos de la familia tal como hoy existe y a intentar el análisis de las causas; en cuanto al camino a seguir, tendrá que ser la Humanidad quien vaya construyéndolo.

A. Y.—Otro punto de interés es el de la discriminación sexual de la mujer, que viene de muy lejos. ¿Le parece importante la reivindicación de la mujer en lo sexual?

S. de B.—La respuesta cae por su peso. ¿Qué valor puede tener para un hombre un abrazo no compartido? A mí me parece que el asunto habría que replantearlo de tal forma que en la relación amorosa el hombre dejara de ser siempre sujeto y la mujer siempre objeto. Hombre y mujer deberían ser sujeto-objeto recíprocamente.

## Amor, fidelidad, erotismo

A. Y.—¿Quiere usted decir algo a propósito de la fidelidad?

(Simone de Beauvoir esboza un gesto con las manos equivalente, pienso, a un «sobre ese tema se ha escrito mucho, etcétera». Luego reacciona con viveza.)

S. de B.—En todo caso, la fidelidad no reside en el cuerpo. Es curioso este concepto de fidelidad basado en un exclusivismo, en un monopolio que, por otra parte, es más aparente que real. Dígame cuántos hombres o mujeres conoce usted que de hecho o de pensamiento practiquen integralmente la monogamia o la monoandria. No, la dificultad no está ahí, sino en el hecho de que la fidelidad, tal como la concibe la moral burguesa, está íntimamente unida a un sentido de la propiedad que constituye un desafío a la razón y a la justicia, y, por si fuera poco, discriminatorio contra la mujer; por ejemplo, hay países europeos donde todavía hoy una mujer adúltera es duramente castigada por la ley, y no digamos por la sociedad, en tanto que sus homólogos masculinos se benefician de una importante dosis de manga ancha... El exclusivismo, como los celos, son manifestaciones externas de algo más profundo donde se encuentra de todo, desde el interés económico hasta el miedo a la vida y bastante poco de sentimiento verdadero hacia el otro.

A. Y.—¿Usted no cree en el amor?

S. de B.—Esa es una

**SIGUE**

obreras que, sufriendo con entera resignación toda suerte de brutalidades, lloran desconsoladas las desdichas que las rodean, sin esperanza de alivio en sus continuas penas, ni tener el consuelo de ver ni siquiera en lejanía a alguien que se acuerde de ellas? ¡No! O si lo habéis pensado, no lo habéis manifestado.

Teresa Coudray de Aramburu (revista «La Mujer»).

Al sexo fuerte.  
Probando con nuestros he-  
[chos  
el amor a los deberes,  
hoy debemos las mujeres  
reclamar nuestros derechos.  
Arda, pues, en vuestros pe-  
[chos,  
¡hombres!, si tenéis conciencia,  
un poco más de clemencia  
para la ávida mujer  
que también quiere beber  
en los pozos de la ciencia.

De la revista «La Mujer» (anónimo).

**1882.**—Compañeras:  
El estado en que nos  
ha colocado el estúpido  
orgullo del hombre,  
que valido de la fuerza  
bruta se ha considerado  
superior a nosotras,  
como si pudiera prescindir  
de la mitad del género  
humano, es bastante triste.  
Sacándonos de nuestro  
centro de acción,  
nos obliga a trabajar  
en las fábricas, y donde  
nuestros burgueses se creen  
con el derecho  
de ultrajarnos,  
pisoteando la moral  
y la justicia, después  
de no tener más derechos  
como ser humano  
que el que ellos quieren dar,  
pues estamos obligadas  
por las circunstancias  
a sucumbir a sus  
despóticas costumbres,  
a la bárbara explotación  
y la insalubridad  
de la fábrica.  
Esta situación todas  
la conocéis; ¿no es  
lamentable, compañeras,  
que conociendo el mal  
no apliquemos el remedio?  
Los obreros colectivistas,



nuestros hermanos en la desgracia, los que, en medio de una organización monstruosa, levantan la bandera de la injusticia proclamando los derechos de la mujer como ser complementario del hombre, nos llaman a su organización; acudamos, pues, que es remedio para cortar el mal; no permanezcamos por más tiempo en la ignorancia y en la indiferencia; unámonos todos a nuestros compañeros revolucionarios y hagamos algo en bien del progreso. Asociémonos y aceptemos la organización regional que ellos se están dando y habremos dado un paso en el camino de la emancipación.

(Una trabajadora.  
Del periódico «La Mujer».  
Barcelona.)

**1925.**—Sepa la mujer española que en el socialismo está su puesto, no sólo por razón de moral social, si que también porque lo exige la defensa de sus derechos, negados sistemáticamente por esas mismas agrupaciones retrógradas que hoy la buscan con fines electorales y de dominio. Nosotras, las mujeres socialistas, no tendríamos inconveniente en ir a ese "frente único" que se nos propone, si todos estos organismos que funcionan bajo advocación de tal o cual santo, dirigidos por este o aquel otro cura, patrocinados por juntas de señoras de la aristocracia o comunidades rezadoras, depusieran colectivamente, en aras de la libre acción femenina, aquella finalidad exclusiva de su agrupamiento. ¿Pero cree acaso doña Celsa que sería posible conseguir tal decisión de las mujeres generalmente sugestionadas con las promesas de un más allá de la vida hipotética, que sólo

cuestión extremadamente compleja. Yo creo, ya lo he dicho antes, que el amor se inicia, se construye y... ¿quién puede decir, sin pecar de irresponsabilidad o mentir, cuánto va a durar? Lo que me parece necesario es subrayar que el amor por una persona no anula el hecho de que se siga siendo hombre o mujer y, por tanto, abierto hacia los demás. Dicho de otra forma, se puede estar enamorado y no agotar las capacidades de afectación y de receptividad. ¿Qué tiene que ver? El amor me parece algo que no necesita basarse en la represión o en la frustración de impulsos perfectamente lógicos en un ser libre. En todo caso, el tema es muy difícil.

A. Y.—¿Cuál es, según usted, la diferencia entre amor y erotismo?

S. de B.—Para mí, el amor puede y debe ir acompañado de erotismo, mientras que puede haber erotismo sin sentimiento amoroso.

A. Y.—Pero al desligar el erotismo del sentimiento queda convertido en esteticismo, con todo lo que eso comporta.

S. de B.—Yo no he dicho que erotismo y sentimiento sean incompatibles; he dicho que el erotismo puede existir sin necesidad de apoyarse en un sentimiento amoroso. Pero de incompatibilidad con el sentimiento, nada. Es más, creo que el clima erótico exige una cierta admiración, un contacto espiritual. Por otro lado, si el erotismo fuese un puro esteticismo tendría que ser el monopolio de gentes jóvenes y físicamente perfectas. Y esto no se tiene de pie; la realidad es muy otra. Hay mujeres de cuarenta-cincuenta años que, por su personalidad, son capaces de conservar un gran atractivo.

A. Y.—Hablar de la oleada de erotismo que nos inunda se ha convertido en un tópico; sin embargo, ¿no cree usted que se trata de un erotismo de pacotilla, de un pseudoerotismo destinado a favorecer un sistema socioeconómico muy concreto, el capitalismo, y a incrementar los medios de que éste dispone para la mejor explotación y robotización de la Humanidad?

S. de B.—Vayamos por partes. A mí, el hecho de que los jóvenes tengan hoy una vida más libre me parece un progreso saludable, e igualmente la educación sexual, etcétera. También me parece interesante el esfuerzo de la juventud por romper tabúes y mitos, por encontrar nuevas vías. Me parece positiva en cuanto entraña una búsqueda, una superación de viejos cauces, ¿quién puede decir lo que nos reserva el futuro en este sentido?...

A. Y.—Pero en la sociedad capitalista avanzada (alias "sociedad de consumo") la cosificación

de la mujer, en tanto que objeto de consumo, se acentúa y, lo que entra en la lógica del sistema, se inicia el mismo proceso en el hombre: la moda masculina es tan seguida y cambia hoy casi tanto como la femenina; la venta de productos de belleza para el hombre aumenta vertiginosamente; más todavía, la publicidad se ha apoderado del hombre en tanto que animal macho y le ha convertido en reclamo; los anuncios subrayan la virilidad de su musculatura... y la virilidad en su sentido más anatómico.

S. de B.—A eso iba. La libertad puramente formal de que gozamos corresponde a las exigencias del ciclo producción-consumo. Se trata de un mecanismo que aliena al hombre, que ni le llena ni, siquiera, le satisface. Esta pseudoerotización contribuye, en definitiva, a deserotizar la vida. En esta sociedad, el erotismo es un artículo de lujo reservado a los privilegiados y fuera del alcance de la mayoría.

A. Y.—Y ni siquiera eso.

S. de B.—Efectivamente, porque si el erotismo es propio de seres libres y plenamente desarrollados en todas sus capacidades, esos seres no pueden darse dentro del sistema capitalista. Cuando hablaba del erotismo de unos cuantos privilegiados quería decir que en ese terreno, como en otros, la potencia económica sirve para crear ilusiones agradables o aproximaciones, pero nada más.

## La represión

A. Y.—Hay un aspecto paradójico: las fuerzas reaccionarias saben explotar ventajosamente las alienaciones resultantes de la represión sexual, mientras que, por el contrario, muchos marxistas pecan por omisión (lo cual es grave tratándose de un problema que afecta a la mayoría), e incluso por pudibundía.

S. de B.—Eso es exacto. En cuanto al porqué, no sé; quizá todo venga de una confusión entre la austeridad de costumbres y la disciplina necesaria al proceso revolucionario y la corrupción de ese concepto, que conduce al cultivo del ascetismo por el ascetismo.

A. Y.—Pero esta aspiración existe, en muchos casos, de manera latente, no explícita.

S. de B.—Precisamente por eso es deber de las fuerzas de vanguardia poner esas aspiraciones al descubierto, elaborarlas y convertirlas en reivindicaciones. El silencio, so pretexto de que las masas no plantean estos problemas, encierra mucha demagogia barata. No olvide que autocalificarse de revolucionario no significa que se sea revolucionario; el mo-

vimiento se demuestra andando, y si le queda alguna duda, examine lo ocurrido en mayo del sesenta y ocho demostró dos cosas: primero, la falsedad de las tesis según las cuales en una sociedad capitalista avanzada no hay nada que hacer salvo proceder por evolución; segundo, que en aquel momento no existía en la izquierda francesa la fuerza política organizada capaz de asumir todas las responsabilidades.

A. Y.—De acuerdo, pero también demostró a qué callejón sin salida puede conducir, en esas circunstancias, la ausencia de una vanguardia disciplinada y consecuente con sus principios. Decir: "Cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución, y cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor" o "Toma tus deseos por realidades", me parece muy bonito, pero poco acorde con las exigencias del combate político.

S. de B.—Sin embargo, hay que comprender que es muy fuerte, sobre todo para los jóvenes, la tentación de ligar la lucha política a la lucha por la emancipación sexual.

A. Y.—Lo malo es que esta ligazón no es dialéctica, sino poética, y de ahí su inviabilidad... Algo así como empezar a construir la casa por el tejado...

S. de B.—Hay que tomar las cosas como son. Yo parto de la base de que vivimos en una sociedad alienadora y represiva, que corrompe cuanto toca; todo lo que se da en ella, personas y sentimientos incluidos, sufre de distorsión y, en el mejor de los casos, no es más que una aproximación de lo que podría y debería ser.

A. Y.—¿No le parece razonable que la Humanidad tire por la borda todos esos "imperativos categóricos" que se oponen a su plan de realización?

S. de B.—No sólo me parece razonable, sino urgente. En realidad, se trata de un largo proceso del que ya empezamos a percibir las formas concretas.

A. Y.—¿Qué quiere usted decir?

S. de B.—Quiero decir que es evidente la necesidad de cambios radicales en las estructuras y en las instituciones. Sólo un cambio radical permitirá la búsqueda de soluciones globales a los problemas de que hemos hablado y a otros muchos.

A. Y.—Pero a nivel personal, aquí y ahora...

S. de B.—No sé, quizá haya que apañarse como buenamente se pueda, poner parches, pegarse al terreno si usted quiere. Pero, sobre todo, no perder de vista la perspectiva, no entretener ilusiones: la verdadera solución de los problemas del individuo pasa por los cambios radicales que le decía.